

DE: P.O.C. t. XIV: ALGUNAS CONFERENCIAS
SOBRE TEMAS CIENTIFICOS, ARTISTICOS Y
SOCIALES (2ª SERIE)

SOBRE LA SINCERIDAD LITERARIA (1)

(*Reflexiones diversas artísticas y literarias*)

Ser *sincero para escribir* quiere decir y no quiere decir sino esto —para un examen grueso—: decir sólo lo que se cree verdadero, decir todo lo que se cree verdadero, no buscar o en todo caso no escribir para buscar el éxito, para halagar al público, a la crítica, etc.

Todo esto es simple sobre todo en teoría y fácil de comprender aunque puede ser muy difícil de realizar. Pero eso es solo lo exterior o elemental y muchas veces se me ha ocurrido tratar de explicar con ejemplos —cosa que puede hacer cualquiera— lo que es *a fondo* esa tarea y como y en que grado debe colmarnos, lo que realmente debemos permitirnos escribir, que grado de adecuación a nuestra razón debe tener, tanto desde el punto de vista de la verdad como del grado de nuestra adhesión, y qué grado de adecuación no sólo a nuestra razón sino a toda nuestra personalidad, a nuestros sentimientos y también; que fuer-

(1) Conferencias en su Cátedra. 1920. (Nota para la 2ª E. H. C. R., de 1963).

te debe ser la impresión de importancia que nos haga lo que pensamos o lo que proyectamos para que tengamos realmente el derecho de escribir! ¡Cómo, además de aquellas cosas claramente falsas o claramente insinceras o claramente débiles, hay esas otras cosas falsoides, literateadas o escritas por razones de brillo, de vanidad, o sólo para exhibir ingenio o para hacer un efecto de originalidad y sentir por el análisis, hasta qué punto lo que debe escribirse debe ser hondo en nosotros y satisfacernos plenamente. Qué fuerte debe ser de sentimientos y de verdad y como al profundizarlo y al volver sobre él, eso debe quedarse fijo, cada vez más fijo y nuestra adhesión fortificarse y como debemos desear que lo entiendan o lo sientan y sufrir porque no lo entiendan o lo sientan y aquí vendrían como verdaderos ejercicios espirituales que al mismo tiempo nos acostumbrarían a excluir de nuestra producción lo que, aun no siendo propiamente insincero, sea débil en grado y no merezca ser escrito.

También mostrar las tentaciones de escribir; casos en que se nos ofrecen diversas vías de pensamiento y cómo debemos defendernos y entonces he pensado que así en esta forma sincera y excluida toda intención de vanidad —naturalmente, si el ejemplo va a ser mío es porque yo soy el único ejemplo que puedo analizar íntimamente— en esta forma mostrar, tales como los tengo en mis cajones, en mis sobres, unos cuantos apuntes de cosas que he tenido la tentación o la posibilidad de escribir, o la tendencia a escribir y que no debo escribir y mostrar por qué.

Suprimo el preámbulo y veamos si algunos ejemplos pueden disculpar este análisis en que un escritor tiene que

hablar de sí mismo: encuentro esto: una nota o proyecto de escribir algo que se titularía: "*Paradoja ideo-tipográfica*".

El procedimiento corriente de escribir, lineal, no bastaría para expresar la complejidad del pensamiento. El único artificio tipográfico que tenemos para expresar nuestras complicaciones mentales es el paréntesis, además de la coma y los guiones. Se necesitarían muchos más. Como nosotros pensamos muchas cosas al mismo tiempo y a veces se nos ocurre el pro y el contra de una cuestión simultáneamente, como una serie de ideas y de pensamientos accesorios están fundidos con el principal, para no vernos obligados a esquematizar tanto al escribir, se inventarían procedimientos gráficos como, por ejemplo, escribir como en pentagrama, escribir en líneas divergentes de manera que de arriba y de abajo de la línea salieran otras en distintos sentidos, por donde iría la expresión de ciertos pensamientos accesorios que tendrían que ser pensados al mismo tiempo que el principal. Podría haber como claves para los distintos grados de creencia: claves de duda, o de certeza, o de probabilidad. Es fácil seguir.

Ahora bien: en la mayor parte de los casos el que tiene una idea de éstas la escribe y efectivamente podría haber en esto un cierto fondo de verdad, como el que sirve a veces de argumento a escuelas nuevas o doctrinas nuevas o que se presentan como tales, etc.; y hasta puede ser que alguien que concibiera esta idea quisiera hacer una reforma en la manera de escribir. Exagerando iría más lejos y llegaría a sostener que el actual medio de escribir es malo, que está viejo, que hay que mandarlo archivar, que en

adelante hay que escribir de alguna de esas otras maneras. Hay muchas escuelas artísticas, por ejemplo, que se forman por este proceso. En realidad ¿qué debo hacer yo con esto? Tal vez, alguna indicación sin darle mayor importancia sobre algunas posibilidades en ese sentido, o bien dejar el papel en el cajón, que es lo que hago.

Pero es interesante mostrar el proceso por el cual los que no tienen una contención fuerte, se dejan llevar por alguna de estas paradojas o semiparadojas a la tentación de escribir algo ingenioso o que parezca nuevo, etc. Cuando se publican interesan un poco pero de ellas no queda nada serio. Para mí la tentación podría ser más grave puesto que lo que podría escribirse al respecto concordaría mucho con tendencias mías.

Me encuentro con este otro pensamiento: "La reputación es una resultante (imprevisible) de lo que uno hace y de lo que los demás dicen". Trae abajo esta nota: "resultante de lo que los demás dicen y *algo también* de lo que uno hace..."

La comparación de las dos formas muestra una cosa interesante y es una especie de oscilación en el que escribe; es un caso que se repite mucho entre lo débil, lo flojo, lo vulgar por una parte y lo más interesante o ingenioso, pero un poco falseado, por otra.

Yo he escrito lo primero: sin duda hay algo de verdad: es exacto que la reputación resulta de lo que uno hace y también de lo que los demás dicen; pero esto es un poco simple. Si se lo analiza bien, es un hecho vulgar, un lugar común. En realidad lo que yo quería hacer notar es que el papel de lo que los demás dicen es muy impor-

tante, que se está demasiado a la merced de la opinión ajena y entonces se me ofrece la segunda forma: "La reputación resulta de lo que los demás dicen y algo también de lo que uno hace". En este caso ya toma una forma paradójal buscando producir un efecto de ingenio. Digo que la reputación resulta de lo que los demás dicen como si esto fuera lo natural y que también resulta algo de lo que uno hace. Pero cuando mi pensamiento toma este otro giro, ya en realidad estoy literateando; no sólo en muchos casos no es así sino que ya me estoy poniendo en estado de querer decir una cosa no porque me parezca verdadera, ni porque sienta realmente la necesidad de decirla, sino simplemente para buscar una frase ingeniosa y en realidad ni siquiera lo es bastante.

Se necesita sin embargo una cierta voluntad y una cierta sinceridad para dejar este pensamiento en el cajón y pasar a otra cosa.

Me encuentro esto; sería el proyecto de una reacción titulada: "Leyendo la *Iliada*": "Todos aquellos personajes, los Héctor, los Menelao, los Aquiles, no tenían otra cosa que hacer que ser valientes y sin embargo ¡qué poco valientes eran y qué intermitentemente! Aquí vendrían citas que, en efecto, son muy fáciles de encontrar: de cómo todos ellos huían, de cómo Menelao —por ejemplo— no quiere aceptar el combate con Héctor y se deja persuadir de que no debe combatir porque su contrario es más fuerte; cómo huye el mismo Héctor; cómo huyen todos en el mismo momento; cómo si Aquiles no llegó a huir es porque contaba con la protección de Minerva que, en todos los casos, se encargaba de dar vuelta la lanza del contrario.

Dicen mis notas: hacer observar que, para los intelectuales de nuestra época, el valor físico es cosa accidental; y sin embargo cuando lo necesitan se portan mejor que aquellos héroes por poco que se mezclen en ello la vanidad o el deber.

Hay todavía otra notita: hacer notar que el último "rond de cuir" maupassanesco —reminiscencias de aquellos cuentos de Maupassant sobre las espadas y sobre los duelos— no aceptaría batirse en las condiciones ventajosas y cobardes en que lo hizo Aquiles contra Héctor, etc.". Puede ser que esto hiciera cierta gracia pero no me satisface plenamente. En realidad es una desviación, como una especie de degeneración ingeniosa de un artículo que yo tengo adentro y que, ése sí, quisiera escribir, que se titula: "Nuestra mediocridad" y que muestra la superioridad del hombre moderno en el cual todos los sentimientos y las virtudes luchan, se neutralizan en parte, se contrapesan y es necesario satisfacerlos a todos; cómo una parte de la ilusión de la superioridad del hombre antiguo resulta de que aquellos hombres eran especialistas o podían serlo más impunemente que nosotros; como una era especialista en patriotismo, pero podía sin sufrimiento y sin censura sacrificar al patriotismo todos los demás sentimientos y así en los demás casos. Mostrar el alma de los héroes y de los santos modernos, que serían esos aparentes mediocres, conciliando continuamente todo lo que el hombre moderno tiene que conciliar: la caridad, la justicia, el amor a la ciencia y a la verdad, el patriotismo, la familia, y sobre esa base, las luchas internas, la retención de la acción, en muchos casos la mediocridad aparente,

esos sacrificios sordos que podríamos llamar sacrificios estáticos, sacrificios en reposo.

Ahora bien; mientras ese artículo trabaja en mi interior se me producen como pequeñas desviaciones demasiado literarias.

Recuerdo el caso de la Iliada, pienso que podría hacer notar en mi artículo este hecho de que aun en valor que era casi lo único que se pedía a los hombres antiguos, aun en eso, nos son inferiores y de aquí me sale ésta como degeneración ingeniosa; pero en realidad yo la debo inhibir. Estoy pensando en cosas demasiado serias.

Otro caso que viene del mismo origen psicológico. Tengo esta nota: "Hay cierta música que los que sólo conocen o aprecian las escuelas o tendencias apasionadas o sentimentales confunden con la música sin sentimiento y que tiene en realidad tanto o más sentimiento que cualquiera otra, pero contenido en su expresión, más íntima, honda y durable, y de una clase más pura. Un error parecido suele cometerse al apreciar las almas".

Esto ha salido de lo mismo: es una comparación que tal vez podría ir allí; pero que, en primer lugar, no tiene bastante importancia para escribirse aparte y, sobre todo, no es completamente apropiada. Debo inhibirla.

Estos ejemplos muestran una de las tentaciones literarias; todas esas son como desviaciones, degeneraciones de algo que se está formando, que quizá no hemos podido todavía hacer, que es importante, que nos llenaría y que está produciendo como eflorescencias que se deben reducir.

Otros casos, en que lo trascendentalizado es una de

las formas del literateo. Por ejemplo: hace poco tiempo asistí a una representación de Hamlet. Buena compañía; sala llena. La escena de los sepultureros se representó muy bien; y, durante algunos minutos, mil personas se interesaron más o menos por el "poor Yorich", simpático bufón, y ninguna, por otro ser, de carne y hueso (que pudo perfectamente "llamarse Juan López o Francisco Sánchez), "que haría tal o cual cosa en la mesa de su casa, en su "oficina. De carne y hueso el cual era el dueño verdadero del cráneo verdadero con que se cabotinea... Yo "estaba aquella noche en un estado de espíritu especial, "y pensaba que, sin duda, es una cosa grande y poderosa "el arte; pero, también, que en este planeta nos hemos "salido de la realidad de una manera extraña y terrible".

Es posible que algunos escribieran y hasta publicaran esto y hasta es posible que, escrito y publicado, produjera un cierto efecto pero un efecto pasajero y que en realidad nada vale. Ha nacido seguramente de una impresión verdadera, de una impresión que se sintió, pero está pseudotrascendentalizada, se ha dado a eso una importancia demasiado grande, para escribir una cosa rara o ingeniosa, para escribir una cosa más o menos efectista. No hay que publicarlo.

Otra cosa del mismo género. "Qué sorpresa la de los comentaristas del derecho romano si hubieran sospechado todo lo que podía significar su frase: "Quis dominus est terra dominus est coeli aut infernum" —el que es dueño de la tierra es dueño del cielo y del infierno— con lo cual querían decir simplemente que el propietario lo es para arriba y para abajo. Me vence la tentación de escri-

bir alguna cosa efectista. Un sentido de eso podría ser que la tierra es todo, que no hay más que lo de la tierra; o un sentido nietzschiano, la muerte de los dioses, etc. y por ahí nos vamos literariamente. Otro: algún sentido religioso u ocultista de que es aquí, en la tierra, donde decidimos de nuestro destino; pero todo eso serían vías psicológicas literarias; ni eso es bastante importante, ni es una cosa que yo sienta, ni siento tampoco que haya una verdadera razón para publicar eso. Se inhibe.

Otro caso interesante de vías literarias, de tentaciones literarias posibles en que caen muchos: Leo un artículo sobre un curioso hecho que ocurrió en París: un periodista, con intención de hacer una broma invitó a una gran cantidad de diputados y funcionarios a suscribirse para la erección de una estatua a "Hégesippe Simon". Les pasó circulares en las cuales les comunicaba el proyecto de glorificar al grande hombre, al gran ciudadano, al cual se presentaba, por lo demás, nacido siempre en la circunscripción de cada diputado, encomendando a éste la confección del discurso de inauguración. Recibió notas de adhesión no menos entusiastas que sus circulares y cuando estuvo en posesión de muchas de ellas, las publicó haciendo saber que Hégesippe Simon nunca había existido: era un personaje imaginario. El artículo que leo presenta el hecho como una prueba de la vanidad, de la ignorancia y, en general, de la inferioridad de sentimientos de los hombres y se me ocurre que a alguien le podría salir fácilmente un artículo en algún otro sentido contradictorio: —No, Señores, al contrario; esto es una muestra de la bondad y de la superioridad de la humanidad; y aquí vienen una

serie de vías literarias posibles: el público sincero y generoso que no se pone a averiguar, que no toma actitud crítica o polémica. La solidaridad humana: se le presenta un hombre como héroe, como superior, lo cree, desea glorificarlo ¿qué importa no conocer nosotros personalmente su actuación? etc. De aquí puede salir algo: que el público cree en la gloria, que ésta lo impresiona, que tiene tendencia a admirar fácilmente y que eso es bueno. Otro aspecto más interesante: la justificación del hombre desconocido; quizás algunas de aquellas cosas de mi artículo "Nuestra mediocridad". Sin necesidad de actos heroicos, sin necesidad por ejemplo, de ser un guerrero, etc. puede ser glorificado el hombre de los sacrificios sordos y oscuros. He aquí un caso que puede servir de ejemplo de cómo se nos ofrecen esos escapes de ideas de que salen generalmente tantas cosas que se escriben, algunas veces por descuido, otras por necesidad. Seguramente, un periodista a quien se le ocurre esto escribe el artículo; pero muchas veces sin esa necesidad, llevados por el espíritu de paradoja o de originalidad, no inhibimos todas esas series de ideas y literateamos.

Tengo, como reacción sobre Ibsen, este psicograma. "Leyendo a Ibsen". Este cita aquella frase tan conocida de Homero: "Los dioses hacen guerrear a los hombres para que los poetas tengan algo que cantar". Y esta otra es de Ibsen: "Sólo puede vivir en el porvenir lo que el canto de un poeta puede exaltar".

Se me ocurre este comentario: No entro a resolver si los dioses han progresado gran cosa; pero, evidente-

mente, han progresado los poetas". Esta es una cosa que parece buena.

(Este pensamiento de Ibsen se encuentra en una poesía bastante hermosa por cierto, la llamada "Carta por globo" que escribió después de la guerra franco-alemana del 70).

"Esta caza no tendrá poeta: Las larvas velludas de la acción no se escaparán en mariposas del canto".

Desde luego, si esto fuera solo, mi reacción vendría bien con el ejemplo, pero sigue esto:

"Et puis songez aux hommes du jour
A ces Fritz, Blumenthal
Et a messieurs les généraux
Numéro tant et numéro tant!
.....

Ya no hay epopeya que componer

Depuis le jour ou l'élan
D'un peuple, épris de beauté et libre
Est devenue une machinerie d'état major,
Crépie avec le fer de l'intelligence-
Depuis le jour où Mr. de Moltke
A assassiné la poésie des batailles".

Nos ha parecido cuando dice: "Sólo puede vivir en el porvenir lo que el canto de un poeta puede exaltar", que se ha llegado a un punto de vista superior al de Homero, esto es, a ver en las luchas de los hombres algo

más que una pura materia estética, a sentir también su aspecto moral; pero, en realidad, el poeta moderno lo que echa de menos también es otra vez la estética de las guerras. Si la guerra se hubiera hecho de una manera menos matemática, con más heroísmo a la antigua, puede ser que la hubieran podido cantar todavía.

En realidad esto puede parecer una consideración vulgar, pero para que nos llene del todo lo que escribimos estas pequeñas impurezas no deben producirse y entonces esto me ha echado a perder una cosa que podría quizá haberse escrito. Esta es la primera razón; pero además hay otra y es que mi observación debió haberse hecho de una manera más seria, menos ingeniosa, menos rebuscada, menos literateada. No se publica.

Traía muchas cosas que no me caben. Me veré obligado a destinar una conferencia más a estos análisis para sacar al fin las consecuencias.

El género "pensamiento" es por naturaleza simetrizado y requiere una cierta colaboración del lector o del entendedor; se cuenta con ella implícitamente y, por consiguiente, para analizarlos desde el punto de vista de su justeza hay que tener un *mínimum* de tolerancia. Supongamos alguno conocido y bueno; el célebre "Les grandes pensées viennent du coeur". Su fondo esencial es verdadero. Habría, sin embargo, mucho que completar o reducir en él. No todos los grandes pensamientos emanan del sentimiento; desde luego, muchos, de la ciencia. Otros no vienen totalmente del sentimiento; por consiguiente si hubiera de darse a la idea una forma rigurosamente exacta habría

que hacer una serie de distinciones, de reservas: "muchas veces", en ciertos casos, "tendencia a" etc. Pero en este caso la reducción la hace fácilmente el que comprende; se cuenta con ella, es una especie de colaboración implícita con la cual consciente o inconscientemente ha contado el que escribió. Entonces, con fondo verdadero y reducción fácil, mejor queda el pensamiento en esa forma simetrizada; pero esto mismo muestra cuantos peligros ofrece el género desde el punto de vista de la sinceridad y también de la apreciación del propio pensamiento. Hay una cuestión de grados y también como de purezas o impurezas, y fácilmente se llega a lo falseado, a lo artificioso, o a lo demasiado incompleto, a tal punto que muchas veces nos produce la ilusión de verdadero o de ingenioso un pensamiento que hasta se puede invertir, lo que, entre paréntesis, se ha hecho. Así, los de la Rochefoucauld alguien se entretuvo en ponerlos al revés, y salen...

Veamos el conocido de Souvary: "Toda felicidad que la mano no alcanza no es más que un sueño". Alguien se entretuvo en darlo vuelta: "Toda felicidad que la mano alcanza es una burbuja de jabón que revienta". También parece verdad, también parece un buen pensamiento. En realidad uno y otro son, no sólo de reducción difícil, sino ya impuros; son ya de los que no se deben escribir.

Veamos ahora un caso interesante:

Hace ya tiempo en un estudio mío, para mostrar cierta sutileza de análisis mental, hice dos frases para mostrar como cada una de ellas podía parecernos verdadera y como sin embargo cada una de ellas era incompleta y si se la pensaba sola, falseaba. Una era ésta: "Tolerante con los

hombres, intolerante con las ideas". Otra al revés: "Tolerante con las ideas, intolerante con los hombres". En cierto estado mental cualquiera de las dos parece buena. Ahora bien: un escritor español tuvo una reminiscencia y tomó una de esas frases presentándola como suya, pero una sola. La frase volvió aquí y con la autoridad del eco produjo mucho efecto en unas discusiones sobre tolerancia. Yo la había formulado, sin embargo, como una frase parcialmente verdadera y parcialmente falsa, para lo cual había que hacer una serie de distinciones, etc.

Bien: la sinceridad literaria tiene que ejercitarse con mucho rigor, precisión y justeza en lo que tiene que ver con este género. Hay que escribir, no diré tan sólo los totalmente justos, pero sí los que son fundamentalmente justos o verdaderos y de reducción fácil; tolerar un cierto grado de simplificación, de simetrización, de no justeza, pero que se reduzca bien.

Veamos ahora algunos ejemplos míos; encuentro éstos anotados: "Para que algo no sea nunca viejo, es necesario que no haya sido nunca nuevo". Hay un fondo de verdad y bastante: cuando una escuela artística, por ejemplo, se presenta en un momento dado como nueva y como tal llama la atención, tiene muchas probabilidades de que le pase lo que a los peinados o a los vestidos, que en un momento dado son de moda precisamente porque entonces se presentan como muy nuevos y bien pronto se vuelven viejos. Pero, en primer lugar ya habría que introducir en el pensamiento alguna reserva, alguna indicación en el sentido de que se trata más bien de cosas de arte. En ciencia, no; hay teorías, descubrimientos, que son nuevos y

que muy fácilmente pueden quedar como verdaderos si bien es cierto también que muchas teorías, por ejemplo, en Medicina precisamente que se presentan como muy nuevas pasan a viejas en poco tiempo; pero esto es en ciertos casos. Supongamos que dijéramos: "Para que algo — de arte— (entre paréntesis, aquí hay algún efectito de reminiscencias de Leonardo de Vinci) para que algo de arte no sea nunca viejo, es necesario que no haya sido nunca nuevo". Tal vez ahora la reducción sea fácil pero hay ciertas impurezas: ocurre eso en muchos casos y en ciertas escuelas pero hay también procedimientos de arte que se descubren, sea conscientemente, sea más bien porque los emplea instintivamente algún gran artista y que impresionan en esos momentos y que son entonces nuevos y que no por eso están destinados fatalmente a envejecer. De este pensamiento podría pues decirse que está en el límite. El que lo escribe no queda completamente satisfecho; quizá fuera mejor explicar la idea con naturalidad, con sencillez, sin tratar de formularla en una frase. Se podría tal vez escribirlo pero con una nota que dijera: "Simetrizado" o algo análogo; pero todo esto es artificioso.

En otros casos es mejor sacrificar el pensamiento. Supongamos éste —que sin embargo yo he escrito y publicado—: "Errata: donde diga: por la fuerza de las cosas, léase por la debilidad de los hombres". En primer lugar, no siempre es así. Habría que decir: *Donde* diga por la fuerza de las cosas léase *a veces, en ciertos* casos, por la debilidad de los hombres". Enunciado con salvedades, pierde su fuerza y sin embargo no hay más remedio que poner la reserva si se quiere, en realidad, hacer pensamien-

to. Este en realidad ya es impuro y la reducción tendría que ser demasiado grande, puesto que se refiere a las cosas más grandes e importantes de todas, las que tienen que ver con el dolor, con la enfermedad, con la muerte. Esto mismo muestra algo más grave en el pensamiento. Es en el fondo poco humano, duro y además tiene un cierto carácter como de prédica moral o de pedagogía presuntuosa. En resumen: es ya bastante impuro: hay que sacrificarlo.

Veamos este otro: "El cariño se compone de dolores y esperanzas de felicidad". A primera vista podría parecer bueno; tiene un fondo de verdad. En un momento dado el cariño está lleno de inquietud, de temor, se tiene miedo de ciertas cosas, hay mucho que resolver. Al mismo tiempo mezclada con esto está la esperanza o el deseo de realización del futuro, etc. pero ni esto es completamente así, ni el pensamiento es puro tampoco. Desde luego hay esta impureza: la complicación de los recuerdos, el papel del pasado en el cariño, está excluido por completo. Bien sé que nadie va a extremar el análisis así; pero de todos modos, dejan cierta impresión de insignificancia, no satisfacen del todo y, sin embargo, la mayor parte de lo que a uno se le ocurre en ese género está en estas condiciones y debiera sacrificarse. En casos como éste lo mejor es no formular el pensamiento y expresar nuestra idea como es.

A los que no tienen temperamento artístico creador se les ocurre a veces hacer arte; por ejemplo: al escritor que no es literato, hacer literatura, versos, cuentos, novelas. En ocasiones la tentación se domina fácilmente. Otras veces es grave. Ahora bien: como yo corrí ese peligro en

época juvenil, elijo de los proyectos de entonces uno bastante indicado para mostrar un aspecto interesante y frecuente de esta tentación. En cuanto a la poesía: dotado por una parte de un gran sentido métrico y siendo por otra un buen sentidor carecía sin embargo por completo de toda posibilidad creadora. Hice algunos versos muy correctos desde el punto de vista métrico, pero completamente imitados o llenos de lugares comunes. Más adelante me salían mejores pero pensados en prosa y lo fundamental para ser poeta es tener otra manera de pensar. No es lo mismo psiquear en razón que psiquear en versable (de otro modo, aunque esté en prosa). Se conoce lo pensado en prosa y puesto en verso, aunque es difícil conocerlo uno mismo; yo desde ese punto de vista quedé pronto libre, ya que maté muy joven un poeta malísimo que había en mí; tengo unos apuntes de proyectos de cierta clase de literatura que hacen algunos hombres de estudio y pensamiento.

Por ejemplo: unos proyectados cuentos intelectuales, algunos completamente triviales y que no pueden constituir un ejemplo de peligro pero otros algo parecidos —por lo menos del mismo espíritu— que ciertas cosas que otros han publicado en circunstancias psíquicas análogas.

Entre estos primeros más triviales, uno que lleva el nombre del protagonista, *Carlos Herrera*.

Se trataba de un escritor que se había distinguido mucho en su vida de estudiante. Lo caracterizaba una manera muy sólida de razonar; hacía concebir la esperanza de que llegaría a ser un espíritu creador. En sus estudios iba confirmando estas esperanzas y al fin cuando se anuncia su primera obra hay una gran expectativa. Aparece la

obra y se experimenta sorpresa y desilusión. Se trata de una "Apología del Catolicismo", (nuestro protagonista había sido positivista), hecha con los argumentos menos inteligentes, con las ideas más atrasadas y rechazadas por los mismos católicos por absolutas e intransigentes. Nadie se puede explicar el hecho y desde entonces nuestro escritor, incorporado a la prensa católica, inicia una propaganda sumamente comprometedor para su partido, provoca discusiones, las sostiene, argumenta mal, es vencido siempre; en resumen resulta un elemento sumamente incómodo. Un día, uno de sus antiguos amigos de la Universidad con el cual ha mantenido una discusión sobre temas filosóficos en que, naturalmente, ha sido vencido, recibe una carta del protagonista de nuestro cuento en que lo invita a venir un momento a hablar de filosofía. Duda, acaba por ir y entonces Carlos Herrera le comunica que tiene que pedirle un favor. El sigue siendo positivista y tiene mucho talento, casi genio. Habría tal vez tenido genio si hubiera vivido en un país en que se estuviera en contacto más directo con las ideas fundamentales. De todos modos tiene los manuscritos de un libro en el sentido de sus verdaderas ideas. Si ha actuado como católico y en esa forma especial es porque, creyendo, como cree, que combatir la religión católica es la tarea más útil en este país, le ha parecido que puede hacerlo mejor defendiéndola mal que atacándola bien y entonces escribe todos esos artículos absurdos para poner más de manifiesto la insuficiencia de la doctrina, etc. Pero por otro lado como desea entregar a la Evolución sus propias ideas, le pide a su amigo el sacrificio de publicar ese libro con su nombre. Tendrá que

resignarse a tener un poco de gloria, a que lo aplaudan algo; pero más grande es el sacrificio que él ha hecho. Se despide de él recomendándole que, por las dudas, salude con gran respeto a todos los imbéciles que encuentre por la calle. Continúa haciendo su propaganda que lo pone en ridículo, mientras el amigo es elogiado, se llena de gloria. Al fin muere y vienen consideraciones sobre el problema moral que este cuento implica, etc.

Este primero no merece análisis; se siente su trivialidad, en cierta manera su infantilidad. Algo fue no haberlo publicado entonces (muy joven) pero no mayor mérito...

Algo por el estilo ocurre todavía con el primero de los otros dos que siguen y que se titulan respectivamente: "*Dejado por un Literato*" y "*Dejado por un Filósofo*".

Dejado por un filósofo (a la posteridad). El cuento se iniciaba afirmando que la misión de la ciencia es irse formando y se aplica esta frase a los hechos: los conocimientos humanos se organizaron al principio de cierto modo y evolucionaron en determinado sentido, fijando un camino para la ciencia. Si ésta hubiera tomado inicialmente otra dirección hubiera seguido de acuerdo con esta otra. Después de una especie de introducción filosófica, nuestro personaje afirmaba esto: "Creo haber poseído el genio absoluto". Cuenta entonces como, ya desde su infancia, razonaba con gran facilidad pero al mismo tiempo experimentaba una gran dificultad para fijar sus opiniones porque fácilmente encontraba su punto débil. Al llegar a cierta edad se traza un plan de trabajo. Lo primero que va a producir es un artículo relativo a los rumbos futuros del arte. Lo escribe. Pero siente la necesidad imperiosa de pre-

sentar algunos argumentos contrarios a su tesis, y empieza a desarrollarlos y lo hace tan bien que rebate completamente su propia tesis. Entonces resuelve escribir el artículo en el otro sentido, demostrando la tesis contraria, pero le pasa lo mismo: encuentra nuevos argumentos que la rebaten y, alarmado ante lo que le pasa, se pone a pensar, se entrega por completo a la meditación dejando la pluma y el papel, y se encuentra con que va pensando indefinidamente, con que refuta con argumentos nuevos las nuevas ideas y después refuta éstas con otros argumentos igualmente nuevos. No podía fijar por escrito sus ideas, porque cada vez que lo intentaba, se le ocurrían poderosos argumentos en sentido contrario y así hasta lo infinito. Tenía el genio absoluto. A lo largo de la vida, le sigue ocurriendo el mismo fenómeno y, cercana ya la muerte, redacta un testamento explicando a la posteridad los hechos que le han impedido formular teorías y opiniones.

Aquí estamos todavía en lo trivial; la infantilidad de esto se siente. Hay un problema interesante, a saber: si lo que nos parece la armazón lógica del pensamiento es puramente objetiva o si alguna parte de ella y qué parte se modificaría si el pensamiento fuera de otra manera o no tuviera límites; ciertas cuestiones relacionadas con puntos que últimamente ha discutido el Pragmatismo. Pero nada aquí, ni serio, ni verdaderamente interesante.

Paso al otro: *Dejado por un Literato.*

En cierto sentido podía haber sido tentador. Era esto: El literato (se lo supone naturalmente loco) explica en su testamento que ha consagrado la vida a corregir injus-

ticias, a atenuar dolores de los personajes literarios, a hacer arrepentir a los malos, a hacerlos felices, a alargarles la vida. El efecto del cuento sería presentar a todos estos personajes y a la Literatura como teniendo una realidad especial, de manera que nuestro literato se dedica a casar personas que quedan solteras en las novelas o en los dramas, a dar felicidad a los que no han podido conseguirla en la literatura, a resucitar muertos cuando se puede, también a casar personajes de ciertos autores o de cierta obra; aun a los personajes más humildes se les hace su novela, se los casa, se les da un hogar. Había ciertas cosas efectistas proyectadas; por ejemplo, esta frase entre comillas: "lo que los retóricos llamarían, si yo revelase estas cosas "resistencias literarias".

Ocurre, por ejemplo, que nuestro escritor puede resucitar personajes del teatro de Víctor Hugo pero no puede resucitar p. ej. a Romeo y Julieta; puede casar a tal joven que se queda soltera en una novela secundaria pero no puede p. ej. casar a la Sonia de la Guerra y la Paz y con esto se quería hacer sentir que cierta literatura genial creaba una realidad tan sólida que era inmodificable. Esas eran las resistencias literarias. En tanto que se podía tomar un personaje de un escritor cualquiera sin valor o de un teatro artificial como el de Hugo y hacer lo que se quisiera con él, cambiarlo en cualquier sentido. Nuestro escritor al fin dice: "He tenido una visión de "los talleres de literatura del diablo". Este tiene literatos a su servicio y les impone *seguir* las novelas. Todo lo que acaba en felicidad que lo sigan; pueden seguirlo como quieran pero han de seguirlo. Un literato no ha casado a dos personajes; bueno,

siga Ud. y cáselos si quiere pero siga; y cuando los ha casado, siga también, acabe lo que viene después, cuando pase el tiempo, cuando estén juntos demasiado, cuando se aburran, cuando envejeczan y si no se aburren y soportan la vejez con felicidad, siga también y siga hasta el fin y entonces el dolor viene siempre. Y el cuento acaba con un efecto todavía: "Será necesario irme decidiendo a destruir estos papeles". Esto aparentemente podía ser tentador. Los que escriben en rebusque de originalidad podían sacar algún efecto del argumento. Tiene también un pequeño fondito de ternura, esa novela que se le hace a los personajes humildes del arte pero en el fondo es todavía peor que los otros. Los primeros son simplemente triviales o infantiles. Este tiene algo, un rebuscamiento, un efectismo antipático; es caso típico de esas cosas que se escriben buscando de todas maneras, como fin principal, distinguirse, ser original, ser raro. Es respetable la originalidad que surge espontáneamente; pero éstos son casos de rebusque en que se intenta conseguirla artificialmente y, desde cierto punto de vista es todavía más antipático que los otros: hay falta de seriedad en esta clase de arte. En el fondo ¡nada!

Ahora, había otros dos que ya serían cosa más grave. Uno se llamaba "Ultra". El nombre "Ultra" está en un sello. Aparece un personaje cuya infancia intelectualizada y neurótica se cuenta; muy inteligente, por lo menos muy intelectual, dedicado a cosas de libros y de pensamiento.

A cierta edad empieza a aparecer preocupado y se dedica a observar sus propios ensueños. Sueña frecuentemente frases que tienen o pueden tener un sentido misterioso y una cierta belleza misteriosa también. Al principio se

mantiene en la explicación psicológica natural: la asociación de ideas funcionando libre de contralor origina, reuniendo ideas afines o continuas, frases que, analizadas después en la vigilia, tienen un sentido. Sin embargo algunos sueños ofrecen un carácter un poco difícil de interpretar por esa explicación y entonces lo va dominando la idea de que él tiene genio o un gran talento pero que se lo gasta dormido y que en la vigilia sólo le queda el residuo de eso y le preocupa el carácter de esas frases de sueño que traen el sello "Ultra". El cuento se aprovechaba para introducir algunos ensueños míos y algunas frases soñadas por mí. Por ejemplo, una escena única que recordaba de un ensueño olvidado:

A la caída del sol, por el campo desierto, un trabajador volvía a su choza. Al divisar el horizonte, veía también en el lado opuesto a él, a la muerte, con la forma de un esqueleto que proyectaba ante sí, sobre el aire, su sombra de un tamaño desmesurado. Veía a la muerte erguirse dibujando en el cielo su rígida figura y extender el brazo; entonces la sombra empezaba a crecer, a alargarse y a dirigirse hacia el rancho cada vez más negra. El hombre caía de rodillas; la sombra seguía avanzando "aleteaba sobre la ventana" y entonces todos los cristales, que brillaban al resplandor del sol que se ponía, se apagaban a la vez. Al entrar a la choza el trabajador había encontrado muertos a todos sus hijos. La sombra aleteando sobre los cristales trazaba el sello "Ultra". Aquí una serie de efectismos pseudo literarios sobre este sueño que no dejaba de tener cierta belleza. Venía después una serie de frases de sueño que se colocaban allí; por ejemplo ésta: "ciertas

agudezas son pinchazos de ángulos faciales". Esa frase soñada como las demás, mecánicamente, como formando una especie de voz en el pensamiento son esos sueños con la función lenguaje de que hablan algunos psicólogos y entonces sí, sentidas; pero analizadas después en la vigilia resultan efectivamente esto: los ángulos faciales que pinchan son los más agudos, esto es los ángulos faciales que corresponden a estúpidos". "Ciertas agudezas son pinchazos de ángulos faciales" quiere decir: "ciertas pretendidas agudezas son estupideces". Al despertar de otro sueño se encontró con la frase siguiente: "Un rey tan poderoso que tenía... (aquí unas palabras olvidadas) y la Nubia por azabache". La Nubia es una cosa negra, el azabache es una cosa negra y se tiene de juguete como ese rey tan poderoso tenía a la Nubia, etc. Aquí se colocaban unas cuantas frases de éstas. Entonces el problema iba obsesionando cada vez más al personaje: si la asociación de ideas acercaba simplemente algunas ¿cómo explicar que las frases vinieran siempre después a tener sentidos y como era que eran soñadas como automáticamente, como oyéndolas a otro, de manera que no se pensaban antes sino que el sentido se encontraba después en un análisis hecho durante la vigilia? Y ante la idea de que soñaba toda la noche y de que así el talento o el genio se le iban, se iba apoderando de él una obsesión. Aquí vienen esas conclusiones literarias: deja despertadores a distintas horas y duerme con un papel y un lápiz para apuntar las frases sorprendidas de esa manera. Al final, naturalmente, el cuento acaba en suicidio; se siente la clásica detonación, etc.

Esto es más grave. Es sacado de cosas reales y que pue-

den tener bastante interés pero no para hacer cuentos sino para un estudio serio. Efectivamente, ese modo de soñar que tienen algunos, de soñar como oyendo palabras, o que no es propiamente oyendo: es como si le hablaran a uno en el pensamiento, son sueños de la función lenguaje como se ha dicho; tienen interés y ofrecen ciertos problemas y hasta preocupa un poco en ciertos casos el sentido que se puede encontrar después a muchísimas frases que no lo tenían en el momento, que resultaron automáticamente, de manera que entendemos como entendemos lo que dicen otros después y con más o menos trabajo y sin embargo eso ha salido de nuestra propia mente o de nuestro propio mecanismo cerebral. Pero desde luego habría que tomarlas todas. Uno de los defectos del cuento era desnaturalizar el hecho porque se tomaban únicamente algunas, las que tenían más sentido y las que podían resultar más interesantes y se dejaban otras de sentido impuro o de poco sentido o completamente sin sentido o débiles, etc. Algunas, lo repito, son efectivamente extrañas.

Preocupa un poco más todavía que las que estaban en el cuento esta otra por ejemplo: es un anciano que se va a casar con una anciana, (creo que Condesa dice la nota) y la quiere mucho. Se va a casar muy poéticamente y para decir que morirá pronto, dice que se convertirá pronto en un puñado de polvito perfumado como preparado para ella. Pero hay otros muchos que en el cuento, o se excluían, o se utilizaban para darle un aspecto pseudo trascendente y que se parecen un poco a ciertas cosas que piensan despiertos o utilizan algunos literatos y que producen una impresión de profundidad o de trascendencia y que posi-

blemente no son nada. Por ejemplo esta frase soñada así: "el alma es un vuelo de dos mariposas *Phorugo* y *Doylo*; una blanca y otra negra; sólo que en vez de buscar la negra la luz, es la blanca la que busca la oscuridad". Estas cosas escritas en cierta clase de libros parecen profundas pero ni siquiera la apariencia tienen de sueños y quedaban excluidas del cuento.

Otros hechos más interesantes; por ejemplo, estaban apuntados para el cuento los sueños de cuadros o de aspectos visuales de la realidad. Nuestro protagonista soñaba también paisajes, caras bellas o trágicas o grotescas careciendo en absoluto despierto no ya de toda facultad pictórica sino de toda visualidad. El hecho es completamente cierto en mí. A su respecto he escrito un estudio y lo que correspondía era continuar ese estudio y profundizarlo. Hay en efecto una teoría corriente sobre los sueños que los explica del siguiente modo:

En la vigilia, en los estados representativos o secundarios las imágenes se producen por la memoria y la asociación; pero son reducidas por los estados primarios, esto es, por la sensación, de manera que el que despierto recuerda o imagina a una persona no cree verla porque está viendo a otras personas o a las cosas que se le imponen por la mayor fuerza con que las recibe. Pero como en el ensueño no se producen estados primarios, entonces cree en la realidad de lo que recuerda o imagina. De manera que, según esta teoría no hay en los ensueños nada que no esté en el estado mental de vigilia, no hay nada de más, lo que hay es algo de menos: los estados primarios. Ahora bien: yo presenté y creo que con razón mi caso como una

objeción muy seria, (a mi juicio decisiva) contra esa teoría. Yo despierto no puedo ni imaginarme un color. Cierro los ojos y el mundo visual no existe. Entre tanto sueño con colores; durmiendo los veo tan claramente como se ven, despierto, con los ojos. Por consiguiente no puede ser cierto que en el ensueño no existan otros estados de conciencia que los que existan en la vigilia. Cuando me pongo a observarme metódicamente desde este punto de vista encuentro una gran cantidad de ejemplos. Un caso sumamente interesante es que soñaba que me encontraba en una casa de Montevideo antiguo. Estaba cerrada; yo me dirigía a abrir la puerta de calle y me decía: estoy durmiendo y es admirable como al abrir esta puerta yo voy a ver algo que no veo en este momento y que lo voy a ver de golpe. Soy completamente incapaz de visualizar y abriendo la puerta vi una pared que cerraba el camino y del otro lado un paisaje bellísimo y que era en efecto de Montevideo antiguo. Dentro de la teoría de que no existe en el sueño sino la misma clase de estados de conciencia que en el individuo despierto, entonces, los que son incapaces de imaginar colores despiertos no pueden imaginar colores dormidos ni siquiera en el caso de que se artificialicen más o menos por la auto-observación. Más me preocupa todavía el hecho de que siendo yo completamente incapaz de visualizar despierto empiece a imaginar caras y paisajes dormido o semi dormido. Entre paréntesis viene este problema: esas caras y paisajes me hacen la impresión de que fueran cuadros hermosísimos, originalísimos. Problema: ¿cabe aquí la misma ilusión que tan a menudo ocurre con las frases que cuando estamos durmiendo nos parecen genia-

les y después en la vigilia generalmente no son nada? ¿O tratándose de aspectos visuales, por ejemplo, de una cara fantástica, horrible, grotesca o bellísima no cabe esta ilusión? Todas estas son cosas interesantes que se podrían estudiar en vez de hacer cuentos, cuando uno no ha nacido para hacer cuentos.

Continuaremos.

Hoy tenemos que concluir con los ejercicios espirituales de sinceridad literaria. El más interesante de los problemas con que se relacionaba aquel cuento es el de las relaciones de esos fenómenos psicológicos con la genialidad. Supongamos un caso: una facultad de visionar como explosivamente, caras y paisajes, las primeras por lo menos tan peculiares que si su efecto pudiera ser visionado despierto y reproducido sería de gran originalidad.

Facultad también de producir frases, algunas de las cuales interpretadas tienen o podrían tener sentidos extraños y más o menos originales. Con respecto a estas últimas es interesante la manera como son comprendidas: la explosión verbal se produce primero y ellas son comprendidas después cuando lo son exactamente, como se comprende lo pensado y expresado por otro. Ahora bien: si es cierto que hay dos clases de espíritus, unos caracterizados por el dominio de la razón, de la voluntad, sin producción ni interferencia de nada instintivo, intuitivo o inexplicado, y otros que ofrecen como mezclada esta última clase de psicología con la puramente racional, podría ocurrir que aquellos espíritus en quienes lo racional domina demasiado o está solo, fueran así no por falta sino por incomunicación

de la otra psicología. Esto nos recuerda una hipótesis de William James sobre el órgano religioso que para él sería lo inconsciente y habría personas en las cuales éste estaría separado, incomunicado, "étanche" con relación a lo racional, al yo de la vida pensante, en tanto que en otras habría comunicación. Esto es demasiado especial y demasiado hipotético también. En cambio, parece indudable que hay personas en quienes esa facultad visual, como instintiva, involuntaria y que en mayor o menor grado o que con mayor o menor calidad produce efectos creadores, está como mezclada con la psicología ordinaria que se manifiesta y se produce, en tanto que en otros puede estar "étanche", separada, y, a los efectos de la producción, incomunicada, lo cual puede producir efectos buenos y efectos malos. En todo caso se trata de problemas psicológicos interesantes para estudiarlos, para escribir directamente sobre ellos y hay algo así como una desviación degenerativa en buscar algún efecto literario escribiendo cuentos sobre eso.

Otro de los cuentos intelectuales se titulaba: *Cuentos para niños futuros*. El título ya era un efecto y había otros muchos. He aquí el argumento: un filósofo tenía tres discípulos. Cuando se puso viejo, repartió entre ellos todos sus libros. Pero tenía un anillo muy valioso, un anillo en que se podía hacer un nudo porque había pertenecido a Herr Zoellner. (Este es un efecto sobre las matemáticas de las cuatro dimensiones; el anillo en que se puede hacer un nudo es el espacio, etc.)

—Hijos míos, les dijo, no quiero manifestar preferencias; y aquí viene un concurso para que los filósofos discípulos compitan por el anillo, presentando explicaciones,

cuentos, etc. Se ve que esto era un artificio literario para colocar cuentos, teorías, cosas que podrían ser más o menos ingeniosas y que no se podían decir directamente, etc.

El primer concurso era un cuento sobre "El origen del mundo" o "Sobre el origen de los males y de los absurdos": el que prefieran de los dos temas. Será fácil hacer algo que sirva para los dos", dicen los discípulos. El trabajo del primero era una especie de parodia de argumentación teológica a base de que siendo la modestia una perfección y debiendo Dios ser infinitamente modesto, debía haber arreglado las cosas para que pareciera que no lo hay; seguía una demostración de que hay Dios, basada en todos los argumentos que mostrarían que no hay.

El segundo discípulo presentaba otro cuento sobre la creación del mundo: Dios habría creado por una parte los bienes destinados a los hombres futuros; por otra, los deseos de los hombres, y habría preestablecido su perfecta coincidencia en toda la sucesión del tiempo. Cuando el diablo pretendió intervenir, permitióselo Dios, con la condición de que no podría suprimir ningún bien ni agregar ningún deseo. Pero lo que hizo el diablo fue correr imperceptiblemente en el tiempo la serie de los bienes, de manera que atrasan: todos vienen pero no coinciden con los deseos.

El tercer discípulo presentaba otra explicación: Dios había hecho el espacio; el Diablo el tiempo. Dios creó el Universo con los seres felices y sanos, los astros brillando... El diablo hizo el tiempo, y los seres empezaron a envejecer, los astros a apagarse y vinieron la desarmonía, el dolor y la muerte.

El maestro juzga malos esos cuentos; los dos primeros le parecen más o menos pueriles, el último podría tener algún mérito pero dice a su discípulo: "si bien dijiste algo más serio e importante, hay algo que me impediría premiarte; hasta has sido injusto con el tiempo. Repara que el tiempo es el que podría darnos un recurso, el único, para creer en la inmortalidad del alma; es decir —me expresé mal—: para evitar la creencia en la inmortalidad del alma. Ya les he dicho muchas veces que éste es el único problema en que, lógicamente, nos es absolutamente imposible creer en la solución consoladora. En tanto que se pueden hacer en favor de la existencia de Dios por ejemplo, argumentos que no son absurdos, argumentos que se pueden creer, en rigor no se puede hacer uno en favor de la inmortalidad del alma. Si los hombres ilustrados pudiéramos formular, contra la idea de nuestra desaparición, un argumento que valiera la mitad de lo que vale el más despreciable de los que se hacen para cualquiera de esas otras creencias, todos tendríamos esperanza y consuelo. Pues bien: supongan sencillamente esto: *que el tiempo estuviera en distintos momentos para las distintas personas.* Y aquí se desarrollaba una teoría metafísica: el tiempo podía estar en distintos momentos para las distintas personas; no habría entonces más que presente con la ilusión del pasado que ha corrido al porvenir inminente. Esas personas, sin embargo, no se encontrarían, todos sentiríamos como sentimos, pensaríamos como pensamos, creemos en la muerte, en la desaparición de otros espíritus, pero éstos no habrían desaparecido, etc. Aquí se colocaba esa teoría. Venía otro concurso sobre el fin del mundo, hipótesis que

aparecían en los cuentos. Para él, uno de los discípulos presentaba un cuento en el cual la inteligencia tendía a decrecer porque aumentando indefinidamente la cantidad de hombres y siendo limitados ciertos elementos, como el fósforo, base de la inteligencia, al fin empezaba a tocar menos a cada uno y se describía el fin del mundo en esas condiciones. Otro presentaba el origen del cerebro como patológico, un tumor cerebral y se describía el agravamiento de ese tumor cerebral hasta la catástrofe final. Otro finalmente, presentaba reminiscencias de D'Alembert —probablemente el sistema nervioso como predominando cada vez más y cuadros más o menos pseudo-cómicos, como por ejemplo, el hombre futuro reducido a un sistema nervioso; un cerebro inmenso, con ramificaciones parecidas a una planta, planta que se tenía entre diarios, etc.

Finalmente venía el último concurso. El tema: "el mayor dolor". El primero de los discípulos hacía un cuento de madres; el segundo uno de amantes y el tercero éste: el hombre muere y se encuentra con que la otra vida, es precisamente como la describen las religiones en sus fases más infantiles: que hay realmente ángeles tocando el arpa y diablos que revuelven condenados en grandes tachos con tridentes y que suceden todas las cosas absurdas de las religiones y que aquello es y que no hay vuelta que darle, y que es absurdo e ilógico y que eso complica y que sin embargo es la verdad y entonces el maestro da el anillo: "tú has comprendido, hijo mío, que el mayor dolor es un dolor intelectual; tuyo es el anillo, etc.

Este cuento era más refinado y si cabe, peor que los otros por ese mismo refinamiento; estaba lleno de efectos

pseudo ingeniosos empezando por el título mismo y por esa imitación de los cuentos, el anillo, y sobre todo era un pretexto para colocar dos clases de cosas: por un lado, ideas o ficciones de esas débiles o pueriles o poco serias que uno no puede describir y que puede tener la tentación de presentar con algún pretexto y por otra —esto es lo más interesante— ciertas teorías que se nos ocurren y que pueden ser originales y que podrían ser profundas o en todo caso difíciles de pensar, pero que sin embargo no son nuestras, no las sentimos como nuestras, como esas teorías de la posibilidad de escapar a la muerte del espíritu por la posibilidad de que el tiempo pudiera estar en distintos momentos para las distintas personas. Teorías menos difíciles de pensar aparecen en la metafísica. Más intelectualmente yo podría desarrollar ésta de manera que pareciera profunda, pero no es mía; es mía en el sentido de que la inventé, pero no es mía en este otro sentido: que no la siento, que no le presto adhesión. Surgió en mi espíritu simplemente como una cosa puramente intelectual, pero yo no la siento.

Y bien, esos cuentos intelectuales, sobre los cuales me he extendido bastante —y con bastante vergüenza entre paréntesis— resultan edificantes porque muchos escritores han escrito cuentos de este género y han hecho libros con ellos y los cuentos andan por ahí. Prefiero no citarlos, pero son cuentos de la misma índole; cuentos que no han salido ni de una comunicación directa con la vida, ni de una necesidad de producir impresión de belleza, ni de buscar nada. Han salido todavía en espíritus que no son espíritus de literatos, ni de creadores de belleza y que han litera-

teado con cosas ingeniosas, pseudo científicas. El proceso por el cual yo los he inhibido en una época, a una edad en que ello tenía algún mérito es interesante de notar aunque no sea sino porque podría prevenir contra parecidas tentaciones.

A propósito de lo anterior: He dicho que hay teorías que racionalmente son como todas; que pueden hasta parecer más inteligentes o en todo caso más difíciles de pensar o de venir al espíritu que otras, pero que no las sentimos como verdaderas ni como serias, o en todo caso como nuestras. La teoría que se me ocurrió a mí pero que no es mía, de que el tiempo podría estar en distintos momentos para las distintas personas, es de ese género. Otra, que se encontraba para mí, en las mismas condiciones y que me hacía el mismo efecto era ésta: que la existencia no necesitaría explicación, sino la no-existencia; que es por consiguiente una mala posición de la filosofía procurar explicar por qué existe algo y por qué empezó a existir; la existencia es lo que es y es por consiguiente lo natural, lógico, razonable, lo que no se explica. Ahora bien. Más adelante encontré tratada en serio y con la profundidad intelectual con que trata las otras cosas, una teoría algo parecida en Bergson a propósito de la idea de "nada", y por la índole de la teoría se me ocurre que el gran filósofo ha de haber sentido algo parecido a lo que yo sentí pero que no lo inhibió; por razones de simetrización intelectual o por alguna otra dejó salir eso. Yo siento, ante la teoría de él sobre la idea de "nada" la misma impresión de *nada* que sobre las mías.

Otro proyecto muy abreviadamente. — Se relaciona

con lo siguiente: Todos los niños pequeños, los niños de 3, 4, 5 años son originales, dicen las cosas más absolutamente nuevas. Cada niño —y esto es completamente verdad— dice cosas que nadie ha dicho antes. Entre tanto los hombres se repiten y se imitan desesperadamente los unos a los otros. De ahí, un artículo posible: si en lugar de desarrollarse esa originalidad con que cada hombre nace se pierde será porque... —y aquí muchas explicaciones, por ejemplo, declamaciones contra nuestra pedagogía, contra la enseñanza, etc.; lo demás viene solo.— Del hecho se hacían derivar aplicaciones artísticas. Cada niño dice cosas nuevas y sin embargo un hombre que pueda decir unas pocas cosas nuevas es un gran genio. En fin, si uno se deja ir por aquí no hay más que seguir. Se nos ocurren restricciones, reservas, etc. El niño no tiene una obligación formidable, que es la de ser lógico y razonable que tiene el adulto. Aquí se nos viene otro artículo entre paréntesis: precisamente la falta de originalidad de los hombres adultos depende de su lógica, de su razón, así es bueno que sea, etc. Por aquí nos vamos también. Con todo, habrá, se nos aparece, se entrevé algo así como un tercer plano: sí, indudablemente, la lógica, la razón, la verdad uniformizan; pero puesto que cabe también la originalidad dentro de la lógica y de la razón, además, puesto que la imitación se realiza sobre lo falso tan desesperantemente por lo menos como sobre lo verdadero, podríamos volver al primer punto de vista, etc. Me pregunto esto: ¿queda algo fuera de los efectos intelectuales puramente, o ingeniosos? Posiblemente sí; pero es el caso que no he podido reducir esto a ideas claras y verdaderas. Con que facilidad se podría ha-

cer sin embargo al respecto, un artículo original que produjera cierto efecto. Quizá de esto saldrá algo alguna vez. Entre tanto hay que inhibirlo.

Plan posible de un artículo que alguien escribiría sobre los clichés. Naturalmente, tomar la contraparte de la posición habitual: un artículo a favor de los clichés, haciendo sentir al respecto, la veneración que les debemos. Ellos son el resumen de la experiencia humana y mostrar como la vida de cada uno de nosotros, su vida espiritual, el enriquecimiento de la vida espiritual consiste en irlos viviendo. Veamos cualquiera; p. ej. éste: "Parece mentira como pasa el tiempo!" Al principio lo recibimos como simple frase hecha: después vamos viviendo eso, y así nuestra vida consiste en ir llenando uno a uno los clichés de ideas y de sentimientos hasta que al fin colmamos uno que está en el Eclesiastés. A esto se le puede dar un aspecto efectista y lo final —entre paréntesis— es un efecto; pero en el fondo es una vulgaridad a pesar de que se basa en un hecho verdadero. Es efectivamente cierto que si bien nuestra vida no consiste sólo en eso, a lo largo de ella vamos llenando de sentimientos las frases hechas; pero ni la vida es solamente eso, ni hay originalidad en observarlo. En resumen, o se explican hechos que son vulgares, o se hace sobre ellos ingenio y literatura, pero ya falseándolos, simetrizándolos. Además, en eso del fin, yo no creo el cliché del Eclesiastés, en la muerte de todo, la nada total; no estoy seguro al respecto. Por consiguiente, me he dejado llevar por una vía literaria a una idea que no es mía. Hay que inhibir eso: no se escribe al respecto.

Casos más claros son los de aquellas cosas que a algu-

nos podrían tal vez parecer ingeniosas o que por lo menos sirven a veces para llenar papeles a los que están o se creen obligados a llenarlos. A mí se me han ocurrido decenas, centenares de ideas de esas; como ejemplo recuerdo ésta: una teoría que paradójicamente podría sostener alguien en el sentido de que la pretendida inferioridad del hombre sudamericano se debiera a razones de clima o en general de naturaleza y que lo fundara así: se ve claramente que el continente americano es menos favorable al desarrollo, plenitud, superiorización de los animales que el viejo mundo. Las fieras del viejo mundo son el tigre, el león; aquí tenemos fieras más débiles, el jaguar y el puma. Allí los paquidermos son el elefante, el rinoceronte y el hipopótamo; aquí el representante es el tapir. El pájaro cantor en Europa es el ruiseñor; el mejor cantor del nuevo continente es el que llamamos calandria, que es un burlón. Allí en materia de belleza tienen las aves del paraíso; nosotros tenemos el guacamayo, todo violeta y groseramente coloreado y cada animal de aquí parece reducción de aquel. Allí tienen el ciervo y aquí tenemos el venado que es un ciervo más chiquito, menos bello que el de allí y lo que aquí llamamos comadreja es un carnicero y allí es un marsupial. Y allí el ave que representa la fuerza es el águila y aquí es el cóndor que es un buitre, y se sigue. Lo curioso es que hay una cantidad de hechos y todos vienen bien. Eso es sin embargo una ingeniosidad de última ley, que nadie puede sentir en serio y que no debe escribirse. Pero algunos guardan esas cosas para ponerlas aquí y allá, para sacar algún efecto de eso. Se nos ocurren por centenares y tenemos que irlas dejando.

Veamos esta paradoja, que podría no serlo tanto, a propósito de originalidad; lo erróneo que sería la preocupación de evitar el plagio, de decir lo que han dicho otros y entonces tratar de probar en serio, que se debería escribir con otro criterio, que todas las personas que escriben deberían siempre tratar de decir la verdad con una despreocupación absoluta de lo que hubieran dicho los otros. La fundamentación se hará de esta manera: con el criterio con que describimos, lo verdadero no puede decirse más que una vez; después que se ha dicho por ejemplo, la verdad filosófica —suponiendo que se haya encontrado alguna vez— una vez que se ha dicho, ya nadie más la puede repetir. Hay que decir otras cosas. Si se escribiera con aquel criterio, la verdad se iría imponiendo cada vez más y se iría imponiendo, pero como se evita repetir la verdad, lo verdadero no puede decirse más que una sola vez y se pierde la ventaja que tendría sobre lo falso.

Esto es de ínfima ley también; lo curioso es que está pensado sobre un fondo verdadero por cuanto es efectivamente cierto que tenemos sobre todo en nuestra época demasiada preocupación por la originalidad y relativamente demasiado poca por la verdad y que la preocupación de originalidad no sólo interfiere con la de verdad sino que la perjudica mucho. Pero esto, así en ese grado y en esa forma, es una vulgaridad; lo que podría darle algún interés, alguna apariencia de ingenio, sería precisamente la paradoja y éste es tipo de los casos en que debemos abstenernos, si buscando ingenua y honestamente la verdad, vamos a lo vulgar y sólo encontramos la originalidad cuando buscamos efectos.

Pseudopensamientos. "Preocupa la manera de enloquecerse de algunas personas; no se alienan; al contrario, se vuelven más ellos mismos". Lo curioso es que el hecho es exacto. Hay efectivamente casos en que vemos enloquecerse a alguna persona y en que lejos de notar que le sobrevengan cosas extrañas, lo que observamos es que acentúan cada vez más su personalidad. Se trata pues de un hecho exacto; pero lo echaríamos un poco a perder o lo utilizaríamos mal, si lo tomáramos como pretexto para hacer una cosa aparentemente ingeniosa y más o menos efectista aunque esté bien escrita. Si afirmáramos p. ej., que los locos no son locos o que la locura es superior a la razón, estaríamos ya en lo vulgar y en lo falso.

Otro: "Dos peligros principales pueden ofrecer los alienistas para los locos: darles bromuro y, sobre todo, clasificarlos". Esta manera paradójal de escribir nos recuerda muchas cosas que se escriben por ahí: "Peligros de los alienistas para los locos". Sin embargo, este pseudopensamiento está hecho sobre una pequeña observación verdadera, a saber, que la patología mental tiende demasiado a clasificar y subclasificar a los locos; y esto es efectivamente peligroso, porque de estos casilleros difícilmente se sale. Pero mejor hubiera sido tratar todo esto en serio.

En igual caso estaría otro que considerara el razonamiento, o la facultad de medir versos, o lo relativo a la estructura clausular, como algo reflejo, formal y secundario, basándose en que los locos conservan frecuentemente todo eso. Sería falso, pese a un fondo de verdad.

Idea de un artículo posible sobre esto: que de hecho se ha establecido un promedio material para lo que se es-

cribe habitualmente, que resulta de lo que se llama "libro", esto es un conjunto de doscientas o trescientas páginas de papel impreso, promedio demasiado alto para lo que habitualmente un hombre tiene que decir; en consecuencia, se escribe demasiado sobre cada tema, alargándolo o completando unas cuantas observaciones reales o bellas, con otras que se hacen para llegar a ese promedio. Lo curioso es que algo de esto hay en el fondo, pero no en el grado suficiente como para hacer un artículo, que se vuelve paradójal y poco serio. Debemos inhibirlo.

Otro caso diferente es cuando realmente hemos pensado algo serio, verdadero, más o menos profundo, pero no lo hemos podido acabar de pensar y sobre todo no lo podemos expresar; entonces muy fácilmente, uno deja salir lo escrito.

Yo tengo escrito esto: "La facultad de visionar (genialmente) y la de decir o escribir genialmente —de modo que haga visionar a los oyentes o lectores— son dos facultades distintas (aunque puedan coexistir). Y muchos ¡muchos! hombres tienen la primera, aunque tan pocos tengan la segunda".

Las dos observaciones son verdaderas; sobre todo la primera, esto es, que la facultad de visionar genialmente, no supone la facultad de escribir o hablar de una manera que haga visionar genialmente al lector u oyente. Habría que tratar de agregar que muchos tienen la primera y escriben sin embargo, con estilo hecho con lugares comunes, por las vías verbales y de pensamiento y lo que les sale, no es lo que ellos sienten y visionan, ni saben siquiera que ellos sienten y visionan de otro modo mejor, etc. Pero yo,

hasta ahora, no he podido explicar bien esto. No es precisamente lo que he escrito aquí; es algo mucho más difícil de explicar. Si algún día se puede, se escribe; entre tanto y por otras causas, hay que inhibir. Además, esto es afectado. No se puede expresar, se siente. Se siente en los demás sobre todo; pero no hay que refinar mucho el instinto de autocrítica para poder sentirlo en lo propio.

Me encuentro con esto que al fin y al cabo no vale menos y hasta puede ser que valga más que muchas cosas que he escrito, que he dejado salir. Es una reacción:

Leyendo a Platón. — El interlocutor imaginario que Platón daba a Sócrates —o que se daba a sí mismo: como se quiera— no era tan imaginario: en verdad un ejemplar representativo de la mayoría de un público tan cómodo e inofensivo como él; y ante la enseñanza y la doctrina, las masas vírgenes no tenían, en efecto, más que aquella reacción: "Es mi opinión". "Perfectamente". "Naturalmente". "Es la verdad misma". (Aquí se transcriben las frases con que el interlocutor de los diálogos responde siempre al único que realmente razona).

De entonces acá, los interlocutores han progresado y suelen decir: "distingo" o "hago mis reservas" y a veces dicen "sin duda el autor será el primero en reconocer que no ha resuelto el problema, pero nadie podrá negar que lo ha planteado en una forma original y novedosa".

Este pensamiento lo tengo redactado en tres o cuatro formas diferentes. Nunca llegó a la definitiva, por conciencia. Encierra algo de verdad e interés, pero ante él tengo una impresión de cosa afectada que nunca me lo deja escribir del todo, o, si me lo dejara acabar de escribir, no

me lo dejaría publicar. Muchos escritores pasan sobre esa sensación, o no la atienden, y allá va una cosa más. En realidad, esto no es nada: sólo puede producir un efecto efímero o tener cierto interés completamente secundario.

Escribí esto y lo leí aquí: "¿Habrá cosa de ciencia que no se vuelva pueril cuando aumenta la inteligencia? ¿Habrá cosa de arte que no se vuelva pueril cuando aumenta el sentimiento o cuando aumenta el dolor?"

Produce cierto efecto: creo, sin embargo que es completamente artificial y su mismo origen psicológico lo muestra. Perdón por el autoanálisis, porque es edificante: yo había pensado separadamente dos cosas: una, que muy a menudo se me ha venido al pensamiento, como creo que ha venido al pensamiento de muchos. Nos fijamos en que cuando hemos aumentado en edad, cuando hemos vivido más, han pasado algunos años y hemos pensado más, encontramos pueril lo que hemos pensado antes; y después sigue pasando la vida y nuestro espíritu se amplía y encontramos pueril aquello otro y entonces es fácil trascendentalizar ese problema y preguntarnos qué sucedería si la inteligencia humana o de cualquier ser fuera aumentando indefinidamente, es decir si este hecho siguiera ocurriendo indefinidamente o si llegará un momento en que nuestro pensamiento no se transformará más y lo ya pensado no sufrirá esa especie de desvalorización.

El problema se podría trascendentalizar más todavía preguntándose o haciendo dudar sobre si en la razón hay alguna armazón invariable, objetiva, fija, etc. Se ve todo lo que puede salir de ahí. He pensado ese problema en dos grados: primero, como una especie de cuestión psicológi-

ca y práctica: no deja de tener su interés: a los quince años me parecía pueril lo que había pensado a los diez; a los veinte, lo que había pensado a los quince; a los treinta, lo que publicaba a los veinte, y los versos que hacía, y los cuentos que escribía; a los cincuenta me parecen pueriles mis libros filosóficos de los treinta; y después me quedo allí porque no aumenta más mi inteligencia, porque envejece y porque muere. Pero, si se quiere, está además el otro problema más trascendente —lógico y metafísico— de la verdad.

En cuanto a la segunda parte del pensamiento: yo había notado que en muchas personas los dolores reales quitan el interés por el arte. (Este hecho, por lo demás, no es exacto para todos: algunos individuos, cuando experimentan una pena grande —la pérdida de un ser querido, por ejemplo— no pueden sentir el arte; en esos momentos, para ellos, la música, la literatura, son cosas pueriles. Otras personas, en cambio, tan sinceras y de tanto sentimiento como las primeras, después de una aflicción grande, sienten más por ejemplo, la emoción artística, principalmente la de la música. Yo tomaba en cuenta la primera observación y se me ocurría que un criterio valorativo del arte podría ser su permanencia frente al dolor: en las condiciones ordinarias de nuestra vida pueden parecernos honrosas, bellas, ingeniosas ciertas novelas, ciertas piezas de música; pero tómense en un momento en que un dolor grande nos ha herido; quizá en ese estado podamos ir a leer a Shakespeare, a Dante, oír una sinfonía de Beethoven, contemplar una pintura de Miguel Angel y no podremos ir a ver, a oír, otras cosas que sin embargo nos han

gustado en tiempos normales. Tendríamos un criterio valorativo del arte.

Esto es todo dudoso: habría que hacer una serie de distinguos. En primer lugar, el arte cómico, alegre, puede tener valor y sin embargo no se gustaría en ese estado; en segundo lugar hay que tener en cuenta los temperamentos de las distintas personas; en tercer lugar —y quizá aun el hecho de que en ese estado no se experimentara la emoción artística— no probaría la falta de verdad de tal o cual obra artística, del arte en general. ¿Qué se debe hacer? Con la primera idea, tal vez escribiría si se ofrece de un modo natural; con la segunda, o nada —puesto que tiene todas esas impurezas, o, si se quiere escribir algo hacerlo así, precisamente, explicando la idea, las restricciones, las reservas. Entre tanto, yo he empezado por juntar artificialmente las dos, para obtener un efecto con cosa de ciencia y cosas de arte, cuando aumenta la inteligencia, cuando aumenta el dolor. He simetrizado, le he dado la clásica forma de la síntesis —fría y corta— y hecho una cosa que —tal como está— es completamente artificial, es falsa y falseante del espíritu y sin embargo puede producir algún efecto. Para el que es muy sincero no se necesita gran valor para inhibir todo esto. A algunos sin embargo les costaría.

Terminaremos hoy con los ejercicios de sinceridad espiritual:

Un hecho interesante: suelen ocurrírse nos ideas y observaciones, ideas que hemos concebido, observaciones que hemos realizado y buscamos "qué decir de ellas". Cuando

lo que deberíamos hacer —si vale la pena— es explicar sencillamente lo que hemos observado, lo que hemos psiqueado, tanto lo que creemos como lo que dudamos o lo que no hemos acabado de pensar. Un ejemplo: tengo algunos proyectos o principios de pensamiento a propósito de estos hechos, con motivo de esas listas que se piden a veces a los escritores; enumeraciones de los mejores libros, determinación de los que uno prefiere, o de los que uno llevaría a una isla desierta, o de los que uno llevaría en vacaciones, etc., he notado, y muchos habrán notado, que tenemos tendencia a contestar poniendo los libros mejores, pero que en las listas de los que más leemos o de los que más desearíamos leer, no están siempre los mejores. Además, que en esa nómina de los que efectivamente leemos más o gustamos leer, figuran a menudo cierta clase de libros a los que no se atribuye generalmente un valor literario de primera, libros del género de "Corazón" de D'Amicis, de ciertas novelas buenas y conmovedoras, a veces no de un superior valor artístico. Algo más difícil de observar: que a veces no leemos mucho libros que admiramos; todavía, dudas que se nos ocurren sobre si será realmente cierto el criterio sobre el valor artístico. Muchos leemos más tal novela de segundo orden artísticamente pero buena, simpática, conmovedora, etc. que ciertos libros de primer orden artísticamente pero fríos como "Salambó" de Flaubert; y se nos forman ciertas dudas sobre si será cierto en el fondo, en el plano más profundo de todos que esa clase de obras como "Salambó" sean las más artísticas y si no se podrá sostener en un plano más hondo, que esas otras obras más conmovedoras, menos perfectas desde el

punto de vista del estilo o tal vez menos convencionales, sean artísticamente las mejores. También a propósito de libros del género de "Corazón" de D'Amicis y ciertas novelas de que son tipo las del portugués Diniz y podrían también ser tipo, aunque menos puro, por ejemplo "La Novela de un Joven Pobre" tengo un pensamiento sobre la facilidad con que nos conmueven y en él se habla de órganos adventicios reflejos para llorar.

Todos esos son como principios de desnaturalización de hechos verdaderos y que algunos de ellos preocupan, por ejemplo, eso de que nosotros reconozcamos con todo el mundo o por lo menos con la "élite", la superioridad artística de ciertos libros que leemos poco y que si fuéramos sinceros no llevaríamos o no diríamos que llevaríamos a la isla desierta y saber que tiene que ver este hecho con el verdadero valor artístico.

Pero mientras de aquí no salgan con naturalidad y con verdad evidente observaciones, conclusiones y pensamientos, lo que debemos hacer es, si nos parece que estas observaciones valen la pena, exponerlas tales como son, con las dudas que realmente nos sugieren, y exponerlas a lo Montaigne, o si no callarlas.

Un tipo de observaciones análogas: posibilidades o peligro de haber escrito un artículo que se hubiera titulado "Facultades lamentables" y que hubiera llevado este lema: "Una cita de Flaubert". Adquirieron —Bouvard et Pécuchet— una facultad lamentable: la de ver la "bêtise" y la de entristecerse por ella. El artículo hubiera seguido así. Hay otras más refinadas y sutiles, lamentabilísimas; por ejemplo —aquí se explicaban muchas— la de imagi-

narse, a cada cosa que uno piensa, las confusiones, paralogismos, etc., *que podrían hacerse*, y tener así como alucinaciones y obsesiones de paralogismos. Comprender o sentir más bien las maneras como uno podría no ser entendido, como no se será entendido; la de sentir, no sólo que no nos comprenden (cuando somos nosotros los que no comprendemos, por lo menos sabemos que es así), o que alguno no comprende a otro, o no se comprenden dos, o alguno no comprende algo; sentir, entender no sólo eso, sino *como* no comprenden. Hasta previsión anticipada de todo lo anterior.

Enunciaré algunas fórmulas especiales y especialmente molestas de esta comprensión de la no comprensión. Por ejemplo: cuando sentimos o imaginamos lo que los pretendidos hombres prácticos piensan de nosotros; sienten que no somos prácticos y creen que no hacemos ciertas cosas convenientes por falta de sentido práctico; en realidad no las hacemos por sobra de alguna otra cosa, de moralidad, por ejemplo.

La de saber y sentir por donde van o por donde van a ir las ideas hechas, a veces en casos graves. Por ejemplo; se va a hacer la paz y sentir que todos van a creer que esa paz va a arreglar todo y saber que después vendrá una reacción y que todos van a sentir que la paz no arregló nada y que por consiguiente fue mala, etc. Se ve aparecer una teoría y saber que, dada la psicología de la gente, del público, va a haber un período de moda, y que eso se viene, y que no hay nada que hacer. Por ejemplo: en pedagogía, a María Montessori se le ocurre la manera de enseñar a los débiles mentales y generalizarla para enseñar a

todo el mundo así y uno sabe ya que todos van a tomar esa teoría, sabe en que países se va a popularizar, que se escribirán libros y que se necesitan algunas decenas de años para librarse de ella, etc.

Todas estas serían las "facultades lamentables", pero en realidad hay una desviación, una especie de perversión literaria en utilizar así estas observaciones: son buenas; pero con estas facultades que algunos tienen y con otras análogas que efectivamente hacen sufrir, sin embargo se es mejor y se obra mejor. Está mal por tanto llamarlas "facultades lamentables". Y además, una desviación, una tentación de ingenio y en realidad también una tendencia a irse por la manera habitual de escribir al proceder como lo hacen generalmente los escritores, nos hubiera hecho convertir esas observaciones de cosas tan nobles, en algo poco noble.

Un pseudo-pensamiento. — "La solución de cada problema parcial es más compleja de lo que parece. Lo que podría ser más simple de lo que parece es la solución del problema, o del problema total".

Esto parece pero no es, y es pseudo, y es el "tipo de lo pseudo". Hay aquí una especie de sugestión de trascendencia, de cosa importante; en el fondo, si esto quiere decir algo, si esto quisiera decir algo sería que la solución del problema total es la nada o bien que sería una solución de bondad o de justicia suprema o muy simple o muy sencilla que nosotros no podemos comprender. En primer lugar no se sabe cual de las dos cosas se quiere decir: en segundo lugar ninguna de éstas es la que pienso ni ninguna de éstas forma el fondo seguro de mi pensamiento. Estas

son por consiguiente como perversiones literarias, como tentaciones de las palabras, de las cosas del pensamiento: todo eso no hay que dejarlo formarse.

Yo he escrito el siguiente pensamiento:

Un final mejor. — ¿Qué los pájaros de antaño no encuentran nidos ogaño?

Sea: no se buscarán las aventuras.

Pero que cuando ataquen los rebaños o los molinos de viento, encuentren por lo menos Quijotes a la defensiva.

Puede ser que sea ingenioso: los rebaños hacen pensar en los cambios de las ideas hechas, en los que siguen a los demás, en los que no tienen independendencia y los molinos de viento en los seres vacíos, huecos, influidos, etc., y todo esto está bien. Sin embargo, esta es una cosa ingeniosa en el mejor de los casos, sacada de algo más noble que se ha hecho degenerar; pero en la realidad las personas buenas, rectas, sinceras, aunque llegue un momento en que no pueden más con el mal, por lo menos les queda el recurso —y así son inatacables— de no dejar que el mal les penetre a ellos. Pueden entonces abandonar o no prodigar la actitud quijotesca de atacar el mal allí donde lo ven; pero aun en ese caso no ceder; mantener la propia conducta, absolutamente pura, absolutamente recta. De algunos casos prácticos en que se trataba de explicar esto a quien llamaba a alguno "Quijote", salió lo de "Quijote a la defensiva". Era una expresión más simpática, más noble, menos literaria que el pensamiento y por consiguiente aquí hay también desde cierto punto de vista una especie de degeneración.

Una reacción: *Leyendo a Lombroso, Ferri y Garófalo.*

La defensa de lo tradicional hecha con ideas estrechas y espíritu dogmático es cosa bien mala; pero hay algo peor: y es una revolución hecha con ideas estrechas y espíritu dogmático.

Pensamiento, sin duda, verdadero pero sólo en general; también predominantemente exacto en su aplicación a la reforma del derecho penal hecha por esos escritores. Pero aquí, aquello de la corrupción del pensamiento era especialmente importante por cuanto no es absolutamente verdadero; resulta algo injusto por cuanto en la reforma del derecho penal italiano, había puntos verdaderos y simpáticos sólo que el pensamiento ya no quedaría tan bien o no habría pensamiento. Sin embargo esas reservas hay que hacerlas, aunque se pierda la belleza o el efecto.

Tengo este comentario. Escribe Höffding resumiendo o refiriéndose a la filosofía religiosa de R. Eucken: "...ha surgido la idea de buscar si no habría en la religión algo que no puede y no debe perderse. Se siente en ella la ausencia de un gran fin, capaz no solamente de iluminar el ciclo de la vida humana, sino también de elevar a los individuos por encima de sus condiciones, a menudo mezquinas; al mismo tiempo, los antiguos enigmas de la vida, que se miraban como resueltos o al menos como dejados de lado, reaparecen en un primer plano. Se siente particularmente una contradicción marcada entre las disposiciones mentales del hombre y su estado real; todo esto lleva a una lucha entre la cultura y la religión. (1)

Yo tengo estos dos comentarios:

(1) Höffding, Harald, *Philosophes contemporains*, p. 170.

Primero: Estas líneas en que Höffding resume la filosofía de R. Eucken descubren bien un punto de vista en que se colocan hoy muchos altos espíritus. (James es otro). Comprendo este punto de vista, lo siento; pero no puedo dejar de sentir al mismo tiempo una impresión de injusticia. Una "lucha" entre la religión y la cultura... Pero, en el fondo, la mentalidad que hoy, representada por esos nobles pensadores, lucha contra la cultura, *está compuesta de tanta cultura y de tan poca religión*... Esto último encierra una impureza y es el no distinguir las religiones positivas o el espíritu religioso dogmático, de la religiosidad, diremos, del sentimiento de la posibilidad y de la importancia de lo trascendente. Haciendo esta distinción se debilitaría el efecto de la conclusión. Esta será verdadera o no según el sentido en que se tome la palabra religión; y si hacemos esta reserva el efecto se pierde, si bien el pensamiento queda más verdadero, porque, fuera de esas reservas lo demás me parece bueno.

Segundo comentario: que comprendo todo esto, lo siento y me impresiona mucho el espectáculo de ese montón de sabios que hoy luchan por la religión; pero no dejo de sentir una impresión de injusticia cuando pienso que la que lucha no es *la* religión tal como era autónomamente, violenta, estrecha, cruel, etc. sino una religión penetrada de cultura, suavizada por ella, que vuelve contra ella cuanto de ella ha recibido, como un discípulo ingrato que olvidara los beneficios recibidos para luchar contra su educador.

Este pensamiento me parece mejor que el otro; más verdadero y más justo. Pero le falta siempre aquella re-

serva o aquella distinción; esa falta lo impurifica, destruyendo un poco su efecto.

Posibilidad o peligro posible de haber hecho algún pensamiento que empezaría así: "las ventajas de los gobiernos malos sobre los gobiernos buenos son..." Aquí vendría la lista; las observaciones que hubieran podido originar ese pensamiento o artículo serían entre otras las siguientes, que son verdaderas: en primer término, que cuando los gobiernos son completamente malos, por ejemplo, asesinos o ladrones, claramente tiránicos, opresores, vejatorios, etc. por una parte hay un estímulo o si se quiere una educación especial para los caracteres; por otra, los hombres honestos, rectos y de carácter tienden a juntarse. En segundo término se discierne, se distingue más fácilmente el bien del mal y los buenos de los malos; los que tienen tentaciones no caen tan fácilmente en ellas, en parte porque tienen que claudicar más y en parte porque se distingue más fácilmente la claudicación y sobre todo porque esto tiene más sanción moral.

Segundo grupo de observaciones. Los gobiernos de tiranos, ignorantes, crueles, estúpidos, simplemente brutales, no tienen tanta tendencia a intervenir en cierta clase de organismos, notablemente en los organismos de cultura por cuanto eso no les importa, no les interesa; en todo caso si intervienen es de una manera brutal.

De modo que, por ejemplo, en ciertos países, organismos como el de Instrucción Pública, han vivido como aislados, aislados del mal, desarrollándose de una manera excepcional y han venido a sufrir precisamente cuando hombres más inteligentes que han sentido algún inte-

rés por esas actividades, han venido a mandar y, al intervenir equivocadamente, han echado a perder muchas cosas. Hay otra observación todavía mucho más general y más grave, a saber que los gobiernos completamente malos no necesitan votos, por cuanto las elecciones son totalmente de simulacro y por consiguiente no necesitan ganárselos y no necesitando ganarse votos no tienen por qué emplear ni deliberada ni instintivamente, ciertos medios y recursos especialmente sutiles de corrupción; en tanto que cuando los gobiernos se hacen mejores, respetan la libertad electoral hasta el grado de necesitar votos, de que las elecciones se hagan con votos y entonces se ven obligados a intervenir más y hasta no pueden dentro de lo humano permitir ciertas libertades, por ejemplo, que tal o cual organismo sea independiente políticamente por cuanto esto representa un peligro electoral, etc. y estos son males de la democracia y de la libertad política.

Y bien. ¿Qué debe hacerse con todas estas observaciones? Sencillamente formularlas. Algunas tienen cierta originalidad y todas ellas son verdaderas en ciertos casos. Hacerlas pues si se ofrece; el beneficio será mayor todavía si previene el peligro posible de convertirse por reacción en enemigo de la democracia, estado absurdo en que caen muchos y precisamente los mejores. En realidad todos estos hechos deben presentarse como los inconvenientes sin duda muy grandes de algo que es, sin embargo, más bueno que malo; pero no debemos sacar de estas observaciones verdaderas y útiles, paradojas más o menos ingeniosas.

Pensamientos que uno ha publicado:

"Como somos estéticos nos gusta la pátina sobre las teorías como sobre las estatuas". Este psicograma es tipo de lo pseudo, también de lo indeciso o en todo caso de lo que no valía la pena publicar. En primer lugar a veces nos gusta la pátina y a veces no nos gusta porque a veces simpatizamos con las teorías antiguas y otras con las modernas y además los resultados de esto a veces son más buenos que malos y a veces más malos que buenos. En resumen, estos pensamientos se han hecho más bien con la palabra; no es el resultado de un psiqueo sincero y real.

Muchos escritores hacen diálogos; dicen que por sinceridad y será así a veces. En todo caso llevan mucha ventaja para decir lo que quieran; sólo necesitan inteligencia u originalidad. Otro género que pone a los escritores en condiciones parecidas son esos libros: "Vida y opiniones de tal personaje ficticio" de Tomás Graindorge o de Fradique Méndez", en los cuales el autor, libre de ciertas inhibiciones, de la preocupación de la verdad, a veces de preocupaciones de moralidad, otras veces todavía libre de su representación como pensador o de ciertas posiciones más o menos artificiales que ha tomado puede expresar ideas que en este último caso podrán ser sus ideas más sinceras, como ocurre tal vez con Taine en el "Tomás Graindorge", que en otros casos son, corresponden más al temperamento psicológico del autor, como en Eça de Queiroz que no tuvo ninguna gran fe, ninguna creencia bien honda, que tenía en cambio gran talento, gran ingenio y una interesantísima sensibilidad.

Sea como sea, este género ofrece ventajas para el público, por cuanto se le puede decir más cosas, muchas ve-

ces más inteligentes cosas y algunas veces hasta más sinceras cosas, y el público se arregla.

Pero no todo son ventajas para el escritor; desde luego la tendencia a cultivar este género va separando cada vez más la inteligencia y el ingenio de lo demás, lo intelectual de lo humano, el escritor del hombre y de aquí también un mal indirecto para el público. Un peligro en la manera de prepararse para escribir aunque sea con pensamientos propios: prepararlos como se preparan algunos con citas, esto es recolectándolas de antemano y escribiendo después para colocar esas citas. En el caso de las citas, entre paréntesis, es muy frecuente una ilusión que puede ser bien sincera: muchos la tienen cuando encontramos citas, referencias que se relacionarán bien con los pensamientos que proyectamos exteriorizar; tenemos tendencia a acogerlas con mucho cariño y a imaginarnos que quedarán muy bien en nuestros libros; en cambio, una vez hecha la publicación, cuando observamos nuestros libros hechos y con la misma o con mayor razón cuando observamos libros ajenos es cuando sentimos hasta que punto daña la producción esta profusión de citas. En realidad el criterio es éste: las citas están bien por dos razones: una, por razones de lealtad, de verdad, esto es, en este caso las citas deben prodigarse siempre que se trate de referir a su verdadero autor el pensamiento que repetimos aun en el caso de que nuestro pensamiento sólo tenga un origen muy indirecto en el pensamiento ajeno. Citar es bueno en este caso; nunca se extremarán bastante los escrúpulos. Fuera de este caso en que la cita tiene una especie de significación moral, las citas y referencias han de venir cuan-

do salgan solas. Nuestra erudición bien asimilada nos la sugerirá cuando convenga pero lo malo es prepararse de antemano recogiendo opiniones ajenas, frases aplicables, referencias para introducirlas en algo que uno se propone escribir. Con mayor razón cuando estas citas dan a la obra un carácter de pseudociencia. La literatura filosófica del siglo anterior y ciertas reproducciones o sobrevivencias retrasadas de esa pseudo literatura filosófica, por ejemplo, de algunos países sudamericanos nos ofrecen un excelente ejemplo; pero lo que quería hacer notar es que hay un caso en que el hecho es más sutil y menos evidente y tiene sin embargo una significación algo parecida y es que algunos se preparan con pensamientos propios como otros se preparan con citas, esto es preparando de antemano pensamientos que pueden ser todo lo propios, todo lo originales que se quiera, pero preparándolos, disponiéndolos antes para introducirlos en algo que nos proponemos escribir y de aquí resulta un peligro especial de artificialidad o de insinceridad.

Otro caso muy simple para enunciar pero muy difícil en la realidad es el caso de lo que es simplemente débil sin ser falso, ni impuro, ni mezclado, y la dificultad resulta precisamente de que se trata de una cuestión de grado.

Cada uno de nosotros tiene una inmensa cantidad de observaciones que pueden ser verdaderas, sí, que hasta podrían no habersele ocurrido a nadie, pero que no son lo suficientemente importantes para decir nada sobre ellas; y aquí los escritores difícilmente se contienen. Tomo un caso muy chico y por eso mismo demasiado evidente: su-

pongamos una sensación que yo he experimentado a veces de lástima por los animales al ver que el hombre, como tiene inteligencia, va perfeccionando cada vez más los medios de atacarlos, en tanto que los animales reducidos al instinto siempre tienen la misma defensa de antes. Por ejemplo: el hombre va perfeccionando las escopetas y entre tanto las perdices y los venados no pueden volar y correr más que antes. Es una observación exacta, pero no hay nada que decir sobre ello.

Uno tiene su mente continuamente llena de pequeñas ideítas, de cosas chicas; a veces se resiste y a veces no la tentación de darlas a conocer. En ocasiones lo débil se presenta mezclado con impureza y uno de cuando en cuando tiene que tomar gran cantidad de apuntes que ha hecho a la ligera y guardado, y destruir casi todos, como yo tengo que hacer con centenares de ellos, entre los cuales figuran cinco o seis que leo al azar:

¿Quieres saber cual es el autor preferido de un escritor, aquel en quien más se inspira, o a quien imita? Busca entre aquellos a quienes no cita nunca.

Entre paréntesis el hecho suele ser verdadero. Ocurre que algunos imitadores que suelen ser muy aficionados a citar, no citan al escritor a quien imitan o de quien provienen literariamente. Sin embargo, hay aquí demasiada generalización y la observación no tiene mucho de original si se le quita una cierta ingeniosidad o precisión que le viene precisamente de esta forma tan simplificada. Lo mejor es no escribir estas cosas, guardarse esa observación y, en su caso, hacerla.

Veamos este psicograma:

El silogismo. — Uniendo las ideas de a tres, se puede ir absolutamente, desde donde se quiera hasta donde se quiera — como en la triangulación — sin más dificultad que la necesidad de seguir, a veces, caminos terriblemente indirectos.

Está exagerado; hay algo de eso en el silogismo; es un procedimiento de razonamiento bastante artificial pero no tanto como aquí se afirma, y además hay una cierta impureza en la comparación porque si bien es cierto que viene bien por una parte asimilar las tres proposiciones del silogismo con los triángulos que tienen tres lados y tres ángulos, por otra parte no es bueno hacer la comparación entre algo que el mismo pensamiento quiere presentar como falso y convencional y la imagen de cierto proceso. Por consiguiente, esto debe ser inhibido.

Hace un segundo acabo de leer en una revista la siguiente cita de Montaigne: "La multitud ahoga a quienes no lleva en triunfo". En seguida se me ocurre este agregado: "y más ahoga a quienes lleva al triunfo".

Esto puede parecer bien y tener cierto significado; pero es un poco vulgar; resulta evidente que simpatizo demasiado con esa psicología hecha de que la muchedumbre siempre es mala y de que sus opiniones son siempre desacertadas. En resumen: quiero adular un poco a la "élite". Mejor es dejar perder esto.

Otro género, tal vez el más sutil de todos: lo que no hay por qué decir sin que sea precisamente malo, ni falso, lo que no viene a nada, y esto sí que es difícil de inhibir.

Por ejemplo, este pensamiento me parece típico:

Injusticia. — Que otros piensen mal de nosotros nos

hace ¡tanto daño!; y, cuando nosotros pensamos mal de otros, sentimos que no podemos hacerles ningún daño con eso.

Es verdad y es un poco penoso sentirlo, pero no sé para que escribiría yo esto, para que lo pondría en un libro.

*
* *

C O N C L U S I O N

Estos ejercicios espirituales creo que son muy buenos. La misma impresión que seguramente han hecho sentir de cosa un poco infantil o en todo caso un poco juvenil sirve para mostrar hasta que punto debe dominarnos la preocupación de hacer el bien con lo que escribimos, de hacer ver o entender, o de producir una impresión pura de belleza. El resultado es como una purificación y condensación de la verdad, de la bondad y de la belleza y una reducción; de ningún modo una supresión porque no sé si sería completamente buena, y de todos modos es imposible que se relacionen con el efecto, ingenio y brillo y éxito, la originalidad y la naturalidad, y, para usar grandes palabras en quien pueda, la gloria; pero de todos modos una reducción de todo esto. Y no hay por qué agregar que estos ejercicios son especialmente buenos en épocas como la presente en que la preocupación de la originalidad domina demasiado.

Pero ¿no bastaría con hacerlos adentro sin venir a exhibirlos? ¿Y no habrá habido al fin y al cabo en esto una cierta vanidad? ¿Y los ejercicios de sinceridad intelectual no podrían parecer y no podrían tal vez haber sido un poco como una especie de pretexto para decir y para poder escribir algunas cosas? ¿Y tal vez el que los hizo no tendría como una secreta esperanza de sorprender alguna vez y de hacer pensar a alguien: —Hombre, esto no era tan malo y éste lo presenta como una cosa absurda y que no debe escribirse y hubiera sido un buen pensamiento, etc.? Si en el fondo hubiera habido algo de eso en todo caso no habría predominado sobre la vergüenza que produce exhibir algunas de estas cosas.

De todos modos la impresión principal fundamental es sincera.

Nota: el Sr. Pío Baroja dice que los grandes escritores no sabían que era lo bueno de lo que publican y Cervantes por ejemplo creía que su Persiles y Segismunda valía mucho más que el Quijote y hay efectivamente en la historia de la literatura casos análogos. Bocaccio es uno. Hay otros muchos, y entonces manifiesta que él escribirá y publicará todo lo que se le ocurra porque no es él quien puede saber, de eso que se le ocurra, qué será lo bueno. Hasta ahora la experiencia no es muy brillante.

Nota más seria: Al inhibir algo o mucho de lo que pensamos podríamos inhibir mal aun en el caso de que nos limitemos a diferir para examinar, juzgar y resolver más adelante. Es sabido que la corrección y aun la apreciación en frío si bien por un lado mejoran por otro empeoran y que además al corregir o apreciar en frío podemos llegar

a ser incomprensivos con lo propio nuestro; pero por otro lado estas dudas no se nos ocurren sobre aquellas cosas a las cuales desde el punto de vista por lo menos de la verdad y de la bondad porque de la belleza ya es para menos, no sólo no nos queda ninguna duda sino que nuestra impresión de adhesión, de convicción tiende como a aumentar. En ese caso estamos seguros y no hay peligro de que inhibamos indebidamente. Además, lo que debe salir, lo que se forma en nosotros como verdadera resultante de nuestra personalidad, de lo más hondo y de lo más bueno, de lo más nuestro de nuestra alma, eso sale como una especie de fatalidad.

De todos modos y aun con todas esas dudas el que se ha puesto alguna vez a hacer ejercicios de este género, queda mejor y procederá mejor; luego es bueno hacerlos.